

**M. Bettini, ¿Quién teme a los griegos y a los romanos?
En defensa del diálogo con los clásicos, trad.
de M. Cuesta, Madrid, Alianza, 2025, 208 pp.**

Helena Terrados González

<https://www.doi.org/10.5209/cfcl.106015>

“Cada quien recibe su saber de otro: / así fue antaño; así es hoy”. En estas palabras de Baquilides, que encabezan el segundo de los capítulos del presente volumen, se encierra el fundamento que vertebra el discurso de Maurizio Bettini: los griegos y los romanos representan la base de nuestra “enciclopedia cultural”, como él la llama, y, por lo tanto, permitir que su legado caiga en el olvido, cortar el hilo que comunica nuestro presente con las voces de la Antigüedad no sólo nos hará perder el pasado, sino, antes bien, nuestro futuro. Un discurso que el latinista ya plasmó en ensayos como *A che servono i Greci e i Romani?* (2017, Einaudi) y que ahora, de la mano de Alianza Editorial –que ya dio voz, hace casi una década, a su *Elogio del politeísmo*–, interpela al lector a aguzar el oído y no permanecer sordo ante la llamada del tiempo.

Fundador y director del centro de Antropología e Mondo Antico de la Università di Siena, Bettini combina su pasión y saber filológicos y antropológicos en sus escritos y en sus clases, tanto en Siena, su Alma Mater, como en la University of Berkeley y en el Harvard Center for Renaissance Studies, donde ha impartido numerosos cursos y seminarios. Es precisamente a raíz de una de sus lecciones en California, tal y como declara en el “Prefacio” (pp. 9-12), como surgió la necesidad de dar repuesta a las preguntas que cimentan este ensayo: ¿por qué el mundo contemporáneo está rompiendo el diálogo con los clásicos? ¿Qué peligro suponen el griego y el latín hoy? ¿A qué le tenemos miedo? Apunta Bettini que los griegos y los romanos son una “escuela de identidad y de alteridad al mismo tiempo” y “nos brindan la oportunidad de mirar dentro de nosotros mismos y, a la vez, mirarnos también desde fuera” (p. 10); quizá sea ese el temor del presente que, en las siguientes páginas, trata de desvelar.

Tras una breve nota de “Agradecimientos” (p. 13), el primer capítulo, “Diálogo” (pp. 15-22), aborda el germen de esa conversación que, al calor del *De divinatione* ciceroniano, surgió en las aulas de Berkeley, a propósito de la cual el profesor plantea la etimología de *diálogos* y su sentido de ir a lo que “hay *detrás* de la palabra o del discurso” (p. 17), una noción que pugna en la actualidad con la presión de lo “políticamente correcto (*politically correct*)” (p. 21); sin embargo, el verdadero diálogo permitió que personas sumamente dispares en esa aula, con la mente abierta, escucharan al otro, todo lo contrario de lo que sucede hoy en día, entre nosotros, y entre nosotros y los clásicos. En el segundo capítulo, “La chispa del conocimiento” (pp. 23-27), es Platón, en lugar del arpinate, el que sirve de pretexto a Bettini para justificar por qué “refulge la chispa (*exélpse*) de la sabiduría (*phrónesis*) y de la inteligencia (*noús*)” (p. 25) sólo entre personas capaces de debatir sin acritud, como sucedió entre esos jóvenes de Berkeley, que no adoptaron las “maneras desabridas de ciertos *talk shows* o *reality shows* televisivos” (p. 27) –idea en la que ahonda en el tercer capítulo, “La comunicación vulgar” (pp. 28-31)–, sino que permanecieron predispuestos a la escucha. Sirvan ambos planteamientos para reflejar el tono general del discurso de Bettini, pues, plagado de terminología moderna, combina anglicismos y neologismos –que el traductor castellano ha optado por respetar– con las palabras y enseñanzas de los clásicos para ir guiando al lector por una reflexión llana, sin arancel erudito, pero considerablemente fatalista de la situación

del ser humano crítico frente al mundo moderno, los estudios de Humanidades y la *simpatía* en el sentido más originario, de “sentir con el otro”.

De esta forma, a lo largo de veintiún capítulos más, el latinista plantea las amenazas que se ciernen sobre la sociedad moderna que, ahogada por las dinámicas de lo “políticamente correcto”, ve dificultada cada vez más su aproximación al legado clásico. Así, en los capítulos “‘Diferencia’: la palabra difícil” (pp. 32-35), “Una poetisa en el espejo” (pp. 36-41), “¿De vuelta a Gobineau?” (pp. 42-48), “Humanidad” (pp. 49-54) y “*Personae*” (pp. 55-65), expone ese culto ciego a la *identidad*, al *idem*, que domina la actualidad, ese perseguir y censurar el diálogo con lo diferente y *entre* lo diferente a través de la inclusión forzada en las artes y la traducción, ya sea de etnia o de género, y de la visibilización a toda costa de sectores oprimidos, lo que conlleva que lo importante ya no sea “*qué sabe hacer, sino quién es*” (p. 41) el artista, una “*inédita forma de racismo*” (p. 45), contra la que “mejor sería multiplicar ulteriormente las etnias de los autores y de los traductores para *mezclarlas* todo lo posible. Porque superar los obstáculos que dificultan el diálogo entre los distintos componentes de nuestras sociedades y de nuestras culturas es posible” (p. 48). Y es que esa *identidad* que nos hace humanos es la que, al tiempo, fundamenta nuestra pertenencia a una comunidad, una Humanidad –cuestión que ya abordó en profundidad en su ensayo *Homo sum. Essere “umani” nel mondo antico* (2019, Einaudi)–; a tenor de ello, el célebre verso de Terencio –que, por lo demás, define como un “*elogio de la indiscreción entre hombres*” (p. 51)– lleva a Bettini a proclamar de manera esclarecedora que “la común pertenencia a la humanidad permite, y de hecho *pide*, que a través de la palabra superemos las diferencias que nos separan o podrían separarnos” (p. 53); palabra que supone una responsabilidad, cierto es, pero que, hoy día, se ve magnificada por el hombre moderno que se siente sumido en la “*ansiedad social*”, permanentemente alerta de todo cuanto dice, cegando, así, su raciocinio lingüístico, lo que puede empujarle a forzar el lenguaje inclusivo *ad absurdum*: “*Amen and woman*” (pp. 66-73).

¿Qué nos está alejando cada vez más del conocimiento de los clásicos? ¿Por qué el común de la gente los siente como algo ajeno? Bettini aborda este alejamiento –natural, en parte, pero también deliberado–, en los siguientes capítulos (“*Cultura de la cancelación*” [pp. 74-86], “*Decolonizing classics*” [pp. 87-101], “*Pero ¿qué son exactamente las classics?*” [pp. 102-108], “*Esos griegos eran dioses*” [pp. 109-115], “*Llevé mi ejército a Etiopía*” [pp. 116-121]), donde la *diferencia* entre ellos y nosotros radica en que la actualidad más “sensibilizada”, la “*postmodernidad*”, considera insalvable el abismo de valores entre el Mundo Antiguo y el contemporáneo. Racismo, esclavismo, misoginia... contemplar estas conductas con los ojos de hoy trae consigo una interrupción del diálogo con la Antigüedad, y, en los casos más extremos –y cada vez más frecuentes–, la cancelación de su legado: silenciar las voces del pasado. La censura de la cultura grecorromana por esclavista y colonialista que auspició el profesor de historia Dan-el Padilla Peralta, la condena de las *Metamorfosis* de Ovidio por fomentar la violación y, en suma, la aplicación de *trigger warnings* a los textos clásicos supondrá, a la larga, la extinción de su herencia. Pero, a pesar de su tremendismo, Bettini aboga por una mirada crítica, por ser consciente de que esas conductas existían y por qué lo hacían; diferencia, pues, las “interpretaciones” de los “usos” (pp. 105-108) que se han hecho sobre los clásicos e invita al lector a mirar a estos cara a cara –que no a reverenciarlos–, no a través de la manera con la que ciertos discursos los han “interpretado”, sino, antes bien, buscando su *esencia*, pues “más que a la cancelación sería preferible aspirar a *comprender* –es decir: a tomar o considerar en su conjunto– los fenómenos para llegar, precisamente, a la comprensión de su sentido” (p. 81).

Y es que, nos guste o no, es un hecho que los clásicos han servido de inspiración a multitud de ideologías y actitudes incuestionablemente reprobables, pero no por ello debemos permanecer ciegos y sordos ante la Historia. Ante tal reflexión, el latinista se hace eco de las célebres palabras de Walter Benjamin y, con un tono amargo pero esperanzado, en “El ángel de la historia” (pp. 122-130) aduce que “lo único que podemos hacer es seguir mirando, igual que el ángel, hacia el pasado y seguir haciéndonos preguntas, tratando de ‘recomponer lo destrozado’ –al menos con nuestro pensamiento– para buscar a quién y qué podríamos salvar entre tales ruinas, y sobre todo para *entender* cómo ha podido ocurrir todo eso” (p. 130).

Los siguientes capítulos (“*Razones y estereotipos*” [pp. 131-137], “*Estudiosos y académicos*” [pp. 138-142], “*Estridentes diferencias*” [pp. 143-150], “*La anestesia del cómico*” [pp. 151-161], “*La fascinación de la sinécdoque*” [pp. 162-169], “*La historia y la moral*” [pp. 170-173]) ahondan en la

idea de establecer un diálogo ya no sólo con el pasado, sino incluso con esos movimientos de *decolonizing classics* que irremediamente están entrando en las esferas académicas. Bettini insta a *preguntar* a los clásicos y a *preguntarnos* a través de ellos, a despertar la curiosidad – porque “la *curiosidad* y la capacidad de despertarla constituye la mejor arma que tiene a mano un docente para encaminar a sus alumnos al aprendizaje” (pp. 146-147)– y, para ello, es preciso que, primero, tengamos el “coraje de *aislarnos*” (p. 153) frente a lo establecido, y, segundo, evitar el juicio moral, histórico y antropológico, pues “queremos entenderlo” (p. 155), entenderlos, entendernos.

Entre nuevas reflexiones etimológicas (*cancellare*, *cultura*, *de-colonizing*), alejandrinos dieciochescos que satirizan los *studia humanitatis* (la *Élégie sur les Anciens et les Modernes*, par un Auteur du dix-huitième Siècle, de Joseph Berchoux) y menciones a series de Netflix, los últimos apartados (“La lanza de Aquiles” [pp. 174-180], “¿Quién me liberará de los griegos y de los romanos?” [pp. 181-188] y “Un poderoso presente” [pp. 189-201]) son una perfecta muestra de imbricación pasado-presente-futuro, corolario del hecho de que “de la historia –y con la historia– se habla cada vez menos” (p. 193) y llamada de auxilio para intentar revertirlo. Bettini nos insta, pues, a un diálogo amplio, panorámico, horizontal y vertical, casi *in-temporal* ya que no debería entender de sesgos de ningún tipo, sino de *diferencias* que, a la postre, no hacen sino enriquecer nuestra esencia. “El diálogo con el pasado solamente se puede activar atravesando y rearticulando los testimonios de este: reconectándolos [...] con contextos que hace falta reconstruir” (pp. 194-195). Ahora bien, ¿ese pasado, ese Mundo Antiguo *necesita* ser reconstruido? ¿Debemos realmente *re-humanizar* a los clásicos? ¿No son ellos, acaso, la esencia de lo *humano*, de la *humanitas*, y es en esa esencia donde deberíamos depositar nuestra mirada, nuestra escucha activa? Dejamos estas reflexiones abiertas al lector.

Un breve “Apéndice bibliográfico sobre esclavitud y racismo en el mundo antiguo” (pp. 203-204) y un sumario de “Fuentes de las citas” (pp. 205-206) ultiman este ensayo a la par moderno y tradicional. Una reflexión trufada de terminología actual –quizá de manera excesiva, pues en ocasiones los extranjerismos resultan innecesarios y empañan un tanto el ritmo del discurso– que, lejos de abrazar ciegamente el postmodernismo, y más lejos aún de cancelarlo, fomenta su observación desde la lente de la crítica, pues “la verdadera descolonización de los clásicos consiste, a fin de cuentas, en primer lugar en liberarlos de ‘nosotros’ [...], y en sacar a relucir todas las diferencias que de ellos nos separan, utilizándolas como instrumento de reflexión” (p. 161). Bettini ofrece una visión fatalista, tal vez, e incluso amargamente negativa de la sociedad actual, del mundo de hoy, pero que invitará al lector a interrogarse, a plantearse no el *qué*, sino el *porqué* y, de esta forma, emprender el viaje al diálogo, a la comprensión, a la escucha, “siempre y cuando tengamos el deseo de entender al otro y nos dirijamos a él con esa disposición de ánimo abierta y accesible que caracteriza a quien acepta cuestionarse también a sí mismo” (p. 48). Al fin y al cabo, los clásicos, como las palabras, no son sino un lugar para el encuentro.

